

ASPECTO ETNOLOGICO DE LOS MOLINOS DE VIENTO DEL CAMPO DE CARTAGENA: SU NECESIDAD DE RECUPERACION

SUMARIO: 1. El molino de viento cartagenero como monumento de atención. 2. Su sentido etnológico, expresión de una vida rural que desaparece. 3. Ruta por los molinos del campo del Lentiscar. 4. Necesidad de su recuperación como elemento fundamental de estudio. 5. El Museo de la Huerta como lugar de instalación de las piezas del molino de viento.

1. Entendemos que el molino de viento del campo de Cartagena (Murcia) posee unos aspectos etnológicos suficientes y dignos de atención por el estuudio de esta materia, por lo que vamos a tratar de hacer una llamada de atención en su defensa, con el criterio de que se aporten elementos de juicio suficientes para una estimación válida de su recuperación, en el momento en que, creemos, todavía es posible, dado el estado de penuria en que se encuentran, su situación, en la mayoría de aquéllos, pese a que por algunos, en especial por los «Amigos de los Molinos» se procura su defensa, dentro de los límites humanos, porque entendemos que sin una intensificación de los organismos competentes, sin una participación de los vecinos, de los interesados y de los estatólogos y etnólogos; no cabe la puesta en marcha de una «recuperación de nuestra identidad» regional, que conforma y refuerza las cosas que sirvieron a nuestros antepasados de fundamento vital. El etnólogo busca el pasado, el resto de una vida que nunca se pierde, que está vigente aún en nuestra civilización, de esa casi cruel «marcha de los ladrillos y el mortero», de que nos habla A. J. Toynbee ¹, que viene desde primeros de siglo minando el paisaje rural, lo que se advierte como irremediable espectáculo en el entorno de nuestras ciudades, de nuestras regiones sobre las que se prolongan los suburbios, los caseríos caducos y obsoletos, las ennegrecidas moles de piedra y hormigón que delata un triste paisaje deshumanizado.

Murcia aún conserva el encanto de un medio rural amable, brioso en su luz y en su encaje barroco, donde el monumento compone su trama fundamental, donde la contemplación estética culmina en ocasiones su misión, por el predominio de la naturaleza despejada, aunque algo menos en el litoral donde el urbanismo privado impone su cuño desafiante. Por este motivo el campo cartagenero, sustantivado en un quehacer de milenios, con su vida de intimismo idílico, encajada en el ruralismo cabal y basado en el esfuerzo del campesino, estampa que hasta hace escasamente una veintena de años, significaba base de un sustento primordial; se ha visto privado últimamente de su reseña nostálgica en base a la singularidad de sus artefactos, que formaban parte de la vida agrícola. Nosotros defendemos en este punto una visión, una imagen en el sentido de Kewin Lynch, una peculiaridad, aunque su destrucción venga motivada por la presión

urbanizada y todo lo que ello supone, pero al fin y al cabo esta defensa intenta descongestionar un tanto la forma polucionada de la civilización actual, haciendo hincapié en los silencios vitales del pasado cercano.

El molino de viento cartagenero, un molino típico, distinto en su forma del castellano, de los que integran otros paisajes; contiene su silueta indeleble, su majestad envidiable, cuando años atrás conservaba los elementos de su corporeidad, sus artes entreñables que le daban el signo de su imperio. Bella imagen que se extendía por todo el contorno cartagenero, por su campo desde el que se podía soñar y alimentar el espíritu con su vertical compostura. Pieza helénica, apolínea, se enfrentaba diariamente con los elementos naturales, buscando el viento de los levantes marinos o de los lebeches, que en el Mar Menor rozan la tierra, se la lleva hacia el mar tranquilo, de orillas menudas y sosegadas. Junto al molino, esencial artefacto, con sus aspas girando al son del aire, sintiéndose su entraña desde sus engranajes viscerales, de «ruedas» y «palos», con el hombre encargado de la guía; se encontraba el aljibe panzudo ², otro elemento del que en alguna ocasión nos dedicaremos, también estaba la noria o aceña, distinta de la huertana, con sus elementos recogidos y fulgurantes, que se desvanece junto a la pieza maestra del molino, el viejo molino del campo del Lentiscar, por donde los vientos desatados de la caja de Pandora, a veces se hunden con tanta pericia por su espacio, que hace que las barcas marineras los esquiven con la gracia de vetustas trirremes arrimadas a sus odiseas venturosas.

El molino de viento del campo cartagenero retiene su sabor de pasado, ese tiempo de geografía que ya es olvido, acaso lejanía para que se incruste en el anonimato, si es que desde luego por nuestra parte no ponemos la capacidad suficiente, como para que se entable una necesidad de estimación de estas piezas, que por otro lado, tanto en su calidad de artefactos, en sus características de aceñas, norias, aljibes, etc., que merodean por esta zona geografía marinera, campesina y abultada por el intrínquilis de la gesta minera; ha venido, es documentada por escritores y eruditos desde el cariz regional, como Lucía Gómez, —María Elena Muntaner— Juana Pellicer ³, J. R. del Toro ⁴, Asensio Sáez ⁵, Carmen Conde, etc., que sienten este deseo de recuperación de esas efigies sacrosantas, citas de un anchuroso paisaje que floreció en tiempos, pero que ya es mera estampa caduca, de la que emulando al poeta, podemos decir:

«Mas bien puedo forjarme una ilusión
que aventaje a las crudas realidades...»

2. Desde la catadura etnológica la pieza del molino de viento recoge una serie de elementos que son dignos de atención. Ya desde su base expresa el sentido de vida de atractiva elementalidad, con el cuño de una primigenia domesticación. Cuando desde este momento se añora la elemen-

talidad humana, su intuitiva configuración, como forma vital, donde la cotidianidad nos sumerge en la nomenclatura de la naturaleza identificadora con su rasgo, propio de un ambiente, de una geografía; bueno es que desde el ángulo de esta pieza museable, del molino, como decoración, como estampa ruralizada, enraizada en un ámbito visual determinado, le demos el significado que merece, tanto desde su propia corporeidad, como desde su mensaje colateral. La vida rural se contempla desde su natural dimensión, con la utilización de la fuerza original, que ha puesto de manifiesto el humanista y urbanista Lewis Mumford con sus fases culturales, donde el predominio de la era «eotécnica», en que la versión de la naturaleza apunta su óptima recreación, antes de la configuración «paleotécnica», que da inicio a partir del siglo XVIII, impusiera su tratamiento en nuestra civilización. En ese tiempo en que el molino de viento acusa su presencia en los Países Bajos, como medio de utilización del agua, desde sus características, o del viento en sus aposentamiento originales, la fase natural en que la humanidad intuye presencias de esteticismos casi orgiásticos, donde la sensibilidad procura sus cotas máximas, es precisamente cuando el hombre sabe dominar la belleza de las cosas, el perfil de los engranajes de los que se sirve para sus faenas agrícolas, desde aquéllos vive en pleno contacto con la naturaleza, de sol a sol labra su porvenir, y hasta utiliza un atuendo básico, el ser humano se goza con: «un campo de tulipanes en flor, el olor del heno recién segado, la ondulación de la carne bajo la seda o la redondez de pechos en ciernes, la vigorosa picadura del viento al correr de las nubes de lluvia sobre los mares, o la azul serenidad del cielo y la nube, reflejados con claridad cristalina sobre la aterciopelada superficie del canal, del estanque y del arroyo. Los sentidos se refinaron uno por uno», como dice magistralmente Mumford ⁶, y que nos evoca a nosotros una composición pictórica de Monet, o de la Escuela de Barbizón, con el aliento a plenitud de aire incontaminado, viento que se restriega por los anchos, llanos campos de Cartagena, que penetra por los quicios de los molinos, aquellos gigantes del paisaje, un paisaje rural propio para una forma de vida.

Pues en efecto, el campesino cartagenero de los pasados siglos estaba enraizado en su ambiente geológico, en ocasiones procedía de la Unión, cuando se llamaba la Nueva California y se pegaba fuego a los hábanos con billetes de mil pesetas, pero también eran oriundos de sus caseríos más entrañables, que componen todo el espacio que desde la época clásica se conoce por la llanura del Lentiscar, con el contorno de aldeas como la de los Beatos, El Algar, la Palma, etc., que encajaron en su ámbito una conformación de vida auténtica, sirviéndose de lo que la presencia de la naturaleza le otorgaba para construir su casa, cuya techumbre recuerda la madera de las viejas barcazas, que por cierto se traían desde Sierra Espuña, que abastecía aparte de la leña la nieve. El campesino construye su morada cerca de la tierra donde faena, siega, tiene el heno, el horno, la

aceña con la mula, cercanos están los bancales de algodón y de pimiento que los riega en una tierra rojiza, bermellón, un color que es típico de este lugar. Junto a su casa el establo en una unidad amalgamada, compacta, donde el ganado lanar y el ovino comparte su trabajo, el de toda su familia que posteriormente emigraría, en pos de otras faenas más remuneradoras, lo que sucede a partir del siglo XX y de forma total en la década de los cincuenta. No falta el molino, lo ha construido él mismo, para ello existen artesanos que desde tiempo inmemorial, de generación en generación ha aprendido la manera de hacerlos, conocen sus dimensiones: los hay con grosor más amplio o de menor tamaño, estos últimos son los molinos de torres finas que abundan algunos por el Mar Menor, porque los otros, los de torre gruesa se quedan en torno a la zona cartagenera de los «Marfagones». El molino retenía un atuendo soberbio, con sus piezas magistrales que abrían cauce a todo un engranaje de fábula, con la dedicación del molinero en su laborar y mirar, rastrear el viento, para conformar la «Guía» al son de aquél, porque de ello dependía la utilización del agua para el riego necesario. De ahí su importancia, su estilo, también el apiñamiento de entrañas viscerales que lo integraban, donde todo en él, desde sus piezas esenciales a las accesorias, desde el ritmo de su movimiento por la acción de la energía del viento, hasta el ruido que destacaban sus ruedas y arcaduces; todo ello componía la orquestación de algo que empapaba la vida cotidiana del campesino, haciendo su morada algo idílico, tan sólo comparable con el estallido de los amaneceres o la sensación inagotable de los crepúsculos, sobre los que la figura del molino con sus aspas era algo que sólo el que los ha podido contemplar, conserva en su retina como poesía pura.

Pues el molino de viento se integraba por elementos fundamentales: las ruedas y los palos.

De las primeras merecen atención: la rueda Catalina, horizontal, la rueda de Aspa, la rueda de Arcabuces.

De los palos importan: los palos del infierno y palos de las aspas.

Se da la característica de que existen en el campo cartagenero los típicos molinos de viento y a su vez de moler, efectuándolo con la fuerza del viento, como sucede aún con el llamado Molino de Zavala, en los Molinos Marfagones.

Pues que el molino de viento representa algo entrañable, ocupa el relieve singular de viejos tiempos, apenas si tiene su justificación en la actualidad, pero vive en sí mismo como testamento de una vida rural que tuvo su vigencia en este campo. Los molinos de viento son auténticos monumentos aun en su desnudez total, en su lacerada compostura, que sin embargo pudieran tornar a su antiguo esplendor con una reforma acompa-

sada a los cauces de una agricultura, que sintonice con ellos. Pasadas generaciones, vidas humanas se integraron en este ámbito de una naturaleza que desgraciadamente ha ido decayendo, como consecuencia de la técnica, pero al menos sus moles se dominan desde la llanura, desde los campos algunos yermos, páramos por los que el trasvase va haciendo mella, quizás para un mejoramiento de sus tierras, con la destrucción del paisaje y de los vetustos molinos. Los molinos del campo cartagenero conservan sus denominaciones, son como vigías que nos hundan en capítulos de anécdotas y consideraciones esplendorosas. Quedan como haciéndonos partícipes de algo que fue pero que ya carecen de una función importante. Es precisamente la función la que interviene en el destrozo de su dimensión vital, porque ya no se conjuga el sentido primigenio de la acción del hombre con la fuerza de la naturaleza. Ya no cabe apreciar el carisma de aquella dulce vida rural en la que estaba imbuido éste y otros artefactos, que tan sólo adquieren en la actualidad valor etnológico, como estudio de sus artes singulares, de sus piezas, como formando parte de algo que tiene vida en la mente del investigador.

3. Nosotros estimamos que merece la pena asumir desde la entraña de nuestra preocupación, la necesidad de forjar un trayecto por la ruta de los molinos de viento del campo cartagenero, por la llanura del Lentiscar, de clásico aporte, de cuya presencia se da cuenta en el siglo XII, con otras cadencias de un mediavelismo monástico, con el aporte final del Convento de San Ginés de la Jara. Porque estas tierras son de provisión espiritual, dignas de meditaciones conjeturas y de descripciones solemnes, de tanta nobleza y estirpe, que el mismo motivo de la presencia del molino, nos induce a irremediables consideraciones eruditas. Pero vale la pena observar desde éste «pasar y ver» orteguiano, el contenido, la silueta, la pose, a veces en forma de disparate, del molino, que conserva acaso nada más que la torre, con el chapitel destrozado, sin la veleta, sin las guías, sin apenas nada en que reforzar la mirada, que se queda quebrada en la llanura, cual sucede con el llamado «Molino de los Zapata», o del «Lobo», porque en su veleta se domina aún la figura de un lobo. Este molino tan sólo conserva la torre, se le domina viniendo desde San Javier, encrucijada al Mar Menor, en lo que se viene llamando «Los Altos del Villar», junto al que hay casona solariega, en forma de torre que nos evoca a familia linajuda, así como una floreciente vida centrada en este sitio, que perteneció a D. Miguel Zapata Sáez. En mis contactos con este lugarejo y hechas averiguaciones de soslayo con los viejos, me indican que en aquella época un tanto lejana, este molino era espléndido, poseía dimensiones excepcionales y en su construcción intervino el mismo Zapata Sáez, que hasta hizo un pozo artesiano. Dicha finca queda envuelta en algo insólito, desde sus restos andrajosos, se intuye algo que tuvo digna solemnidad y lleno de anécdotas que nos envolverían con una larga disertación, que no es de este lugar.

Desde la carretera que se dirige a los Urrutias y continúa a los Nietos, cuyas orillas delimitan ese trozo magno de pequeño mar, cita de los cartagenos y los murcianos en los períodos estivales; acuden una serie de molinos que hace escasamente treinta años todavía servían en sus funciones de ayudar al campesinado que moraba en tan delicioso paraje, de aquéllos, tan sólo queda alguna llaga, esquema, como el «Molino de Miguel» («el de la Máquina»), que en sus años mozos era empedernido molinero, ajustador de guías en el contorno, en especial en el Llano del Beal y El Algar (lugarejos de faenas agrícolas y mineras). Se las llevaba bien con su compañero «El Sordo», que habitaba en la «rambla», que él mismo había construido una casita con los elementos naturales típicos, la argamasa y el ladrillo, que aún se observa en sus restos.

El Molino de «Juanete», cercano al anterior, equidistante a escasos metros, apenas si se tiene en pie. Es un simple espectro, que se fue destrozando desde que fue vendido a personaje madrileño, pues no cabe duda que la enfermedad de estos molinos les vino de tales ventas a personas desaprensivas, que no tuvieron necesidad de su utilización. De igual calibre es el «MOLINO DE JUANITA», cercano a la ermita destartada de los Moley, pero sigue como fiel testigo de sus años en que formaba parte de una importante finca, donde se desarrollaba una vida soberbia. Ahora ya sólo se sostiene por su fidelidad hacia el pasado, sin embargo fue de los más bellos cuando sorteaba sus aspas por los silencios del viento y se meneaba la burrica en las norias, haciendo mover sus cangilones. El molino de «LOS MOLOY», en la ermita citada fue algo fundamental en la densidad del paisaje de esta zona tan corrompida, tan vituperada. Antaño, en los albores del siglo pasado, había vida comunal allí, los labriegos se daban cita los domingos y días festivos en la ermita que ahora sirve de corralón, de ovejas, pero aún se pueden ver unas arcadas con riesgo de la vida de uno, porque al penetrar en ella la techumbre cruje como en cruento destino final, y pudiera haberse restaurado antes, que ya es cosa quimérica. Formidable paraje éste, que delata la inconmensurable vitalidad que tuviera y que su huella al menos es válida para el recuerdo, pero que el sucederse del tiempo ha ido quebrando, aunque pensamos con Rilke que los años son la gloria de los edificios, del paisaje, pero siempre que se sepa mantener, esquivar los impactos de una barbarie obstinada en hacer depreciar los valores tangibles de la belleza en todos sus aspectos. Pues sólo el Molino que se contempla, aún en sus cancerígenas formas nos hace intuir la noble catadura de una agricultura natural, sin los encuentros de la máquina de motor, que destruye la castidad del paisaje. En este lugar he encontrado acopios etnológicos interesantes, propios de unos artefactos rurales y que he podido recopilar para el Museo de Murcia, tras su clasificación, que exige un nuevo tratamiento en sus pabellones adecuados, donde podría ubicarse lo referente a la muestra del «Molino».

El «Molino de Rufo», conforma una figura que, pese a todo, cabe en su silueta cabal, con su pose ancestral, provocando una estampa apolínea. Este molino conserva casi todo su atuendo, con el chapitel y las aspas, sobre el clásico andén y la balsa reseca, junto a una casa de labriegos que en la actualidad se dedican a faenas de recogida de la fruta. Esta finca ha tiempo que se vendió a D. Asensio Saura Ruiz. Por referencias parece ser que el molino cuenta con unos cien años de vida, en el mismo sitio donde había una aceña típica. A su vez el aljibe con su forma rectangular y cúpula que termina con una figura extraña, es una manifestación peculiar de esta clase de habitáculos en este campo. Cerca del mismo queda el «Molino de Covacho», que presenta un atuendo más ágil y acaso sea de los reformados por propietarios interesados, propiedad de D. Andrés Sáez Carrillo.

Se sitúan una serie de molinos con su rostro depauperado, cobijado por el paso del tiempo que hace que se suspire ante sus moles cadavéricas, en todo el denominado en esta zona del Mar Menor; «Camino de la Bermeja», que desde la clásica «venta de San José», con anécdota y leyenda menuda que nos gustaría tratar en otra ocasión, hasta Los Beatos, compone una trama de un paisaje llano, calcinado, en base a referencias dieciochescas y rústicas, pero es en el momento presente un paisaje ruinoso, donde apenas se interrumpe la odisea de unas venerables piedras que fueron: ¡Ay dolor!, famosos rostros de molinos cara a los vientos del Mediterráneo. Algunos de aquéllos presentan sus harapos en estremecimientos acusados, sin tregua de recuperación, como el Molino de «Zape», que aún rige su faz en belleza sobre ocasos ignotos, de no menos interés en el molino de «Giba», el del «Pleitero», el de la «Malina», el de los «Glorias», por entre cuyas figuras doloridas y abandonadas merodean los gitanos, que pasan con sus jamelgos, evocando aquéllo del poeta:

«Pasa por entre la gente
como si fuera enemigo,
con su mulo enjaizado,
y el aspecto desabrido...» (P. Baroja).

Otros molinos quedan casi rozando El Algar, como el llamado del «Francés», con su torre y chapitel sin aspas ni palo de guía, junto al caserón que parece revivir en los veranos. Uno de los molinos más venerables, ya que en esta zona del Lentiscar, el más vetusto es el de Zape, sin menospreciar el famoso molino, que es tan sólo una caduca torre de sillares deshilvanados, llamada del «Tío Belmonte». Otro es el molino de «Zamplana», en una casuca cercana habita el labriego Joaquín Solano, que es el que se ocupa de guardarlo y sacar a pastar a los ovejas y las lleva por los comarcanos molinos de «Jabalón», el «más selecto y de torre estrecha y fina», o se dirige hacia el molino «Arribao», del que queda tan sólo su esqueleto, en una zona abandonada.

En el entorno que va de los Beatos a la Palma abundan menudencias de caseríos en la llanura, casucones con formato de torres con escudos que evocan familias linajudas, que han pasado a mejor vida. Hay trayectos de caminos de polvo, de silencios campesinos que nos hablan en lontananza, sin faltar la presencia del caduco molino de viento sencillo, centrado en el lugar de trabajo del labrador, con su casita abandonada, metido en parajes roncós y en soledad profunda, cercanos a carreteras que sirven de encrucijadas hacia pedanías humildes. Surgen sus siluetas que escurban en el aire de mañanas o tardes, se llaman molinos de «Domingo Saura», de «José Liarte», en la Finca de los Herreros. Caben verse en otros parajes como el de la «Piqueta», ya en zonas que buscan el contacto con la antigua Cartago Nova, la urbe de los Bárcidas. O bien quedan ubicados en aledaños, hundidos en noctavigos paisajes a los que se llega con la ilusión de una búsqueda por ramblizos y oquedades, como el Molino de «Zabala», acaso el que mejor se conserva debido a los cuidados de sus propietarios, que siguen entregados a la misma función, a la misma faena que sus antepasados.

Se encuentra en la zona de los Molinos Marfagones de singular catadura geológica y etnológica, término de Canteras. El molino data del siglo XVIII, es por tanto el más venerable, por él han pasado siete generaciones hasta su actual propietario, D. Antonio Madrid, siendo su tatarabuelo, Juan Antonio Madrid, uno de los propietarios originales de este paraje evocador. Es un molino con la función de moler, que contiene todos sus artes y maquinaria en un estado de curiosa fidelidad, digna de tener en cuenta y de contemplarse, pues en torno a su estudio se puede captar la vida de pasadas generaciones y la forma del campesinado, donde el panzudo aljibe, —soberbio—, que conserva en su interior inscripción de 1825; secunda un ejemplar en este tipo de construcción para el depósito del agua. Es digno este paraje para la contemplación y el estudio.

Otros molinos vetustos se encuentran en diversos parajes en torno a Alumbres, con su torre blanca en estancias mineras, o el «Molino del Lobo» que cercano a los Beatos, es uno de los mejor conservados y custodiados, quizás restaurado en una forma no auténtica, pues la restauración ha de adecuarse a las características de construcción, utilización de los materiales, que parece ser que no desarrollado en esta zona y así aparecen moles pintadas de blanco, que más semejan pastiches que oriundos receptáculos de contemplación. Por la pedanía de la «Aparecida», en el término de Cartagena, por la encrucijada de las «Cañas», se otean efigies de casonas, de torres de signo modernista con atuendos muy del pasado siglo, que embadurna un tiempo de belle époque, que están completamente en abandono, y también los pobres molinos que se dejan ver. Precisamente en este caserío aún vive el ancianito Pedro Grillo, conocedor, erudito de los molinos, acaso el último de los constructores, que conserva en el recuerdo

la sabiduría de toda la gesta de las moles de viento, que le diera tanto goce y formara parte de su misma vida. Pues con este personaje se nos va a su vez el eco de un pasado glorioso, rústico. Construyó muchos molinos y contempló otros tan majestuosos como el molino de las «Palomas», que formaba parte de una importante finca integrada por sesenta fanegas de tierra, molino que hace unos sesenta años fue vendido a D. José López Martínez. Desde el andén del molino se recorta un paisaje interesante, con tierras bermellones, con pardos, que arriman su gama a los silencios de sus costados, solamente salpicados por el paso de un vehículo. Se goza allí, sobre la peana de la efigie, artefacto que sin embargo retiene el ademán primigenio, desde su interior aún se atisba todo el engranaje que le diera vida, como la rueda Catalina, casi parada en un tiempo de presencias caducas, y la rueda del aire, alta, pegada a la techumbre, como incitando a cuitas desde sus piedras y escaleras apretadas que imponen desde su intimidad. ¡Qué interesante tinglado!, nos parece encontrarnos en otra época, en un sitio olvidado, donde tan sólo cabe apreciar el sabor del viento que se siente en los quicios de las piedras, por los laterales de la maquinaria, que está quieta, esperando que la mano del labriego le dé vida, le otorgue esa gracia que antaño poseía, porque todo lo que se domina en su interior nos parece que huele a ancestralismo, está lleno de esfuerzos limpios, de sabiduría rural, de pequeños y sencillos trabajos que cumplieron su misión, en un medio adecuado a la forma de vida de nuestros antepasados, que no están muy lejanos, pero que nos hacen meditar ante el gigantismo de una civilización urbana que nos consume y amordaza en la continua tragedia de la técnica conquistada. Todo el encaje de arcaísmo y humildad queda en estos lugares, como si desearan reconstruirse desde sus poses, desde su misma imposibilidad de paralíticos seres que ya no pueden cobrar vida propia.

El Molino de los Gallegos, en el caserío de su nombre, aledaños del campo que tratamos, queda como simple energúmeno, con su inmensa mole de piedra, con el gesto ebúrneo y trasnochado del chapitel roto, pero sigue en su fiel aditamento, perenne en una fiesta para la mirada del esteta, del etnólogo que comprende, intuye la vida que su pobreza contiene, más aún desde la lejanía de su encuentro, con el aljibe que es digno de una consideración aparte...

4. Tras la ruta por los viejos molinos del campo cartagenero, estamos situados en una meta que hace que gocemos, pero también nos sumamos en noble melancolía al ver cómo se van deteriorando, desgastando, cayendo esas piedras nobles y soberbias de unos elementos que significaron mucho en los pasados siglos, que formaron parte de un paisaje, que fueron base en la compañía del campesino, de su adaptación a una forma cotidiana de hundirse en su laborar. Su atuendo, su fisonomía doméstica enraiza con una manera de ser que insufla el contenido espiritual de una liturgia; un rito

ancestral que debe evitarse que desaparezca, aunque sea mediante el estudio de su pose, aspectos que lo integran, materiales que emplearon sus constructores basados en la tierra de su faena diaria, de su maquinaria interna, inventariando cada una de las piezas que hacía que latieran sus aspas y menearan todo el tinglado visceral, para que trotara su entera nomenclatura y con el rugido de sus ruedas al son del viento, comenzara a dar frutos la faena del labriego, que se servía de él como de algo elemental, porque el agua es fundamental en el relleno de los barbechos, el riego de sus bancales, su depósito en los aljibes que dieron tratamiento a un apesentamiento peculiar, que aún permanece aunque ya no sirve ni tiene función alguna, a no ser en los apartados caseríos de las aldeas, allí donde el campo configura todo el carisma de su forma de ser, marcadamente opuesto a la ciudad y más aún a la gran ciudad, con su estructura y nuevo tratamiento, que impregna de contenido literario toda una serie de investigaciones de nuestra era actual. En todo caso la efigie del molino con su atuendo, con su identidad de paisaje rural, con su planteamiento de artefacto que viene a ocupar el entorno humano a partir del siglo XII, en países como Holanda y más tarde en los demás, para adquirir rango en España y en sus pueblos ancestrales a partir del siglo XVIII, pues según Lewis Munford ⁷ el primer documento existente sobre el molino de viento europeo data del año 1105, se trata de un privilegio por el que el Abate de Savigny queda autorizado para instalar estos artefactos en las diócesis de Evreux, Bayeux y Coutances. Indudablemente que el paso del tiempo, la pérdida de aquellas fuerzas vitales que insuflaron el hábitat del hombre, han traído como consecuencia el aniquilamiento de la bella estampa de arcaísmo, que predispuso siempre al campesino a un planteamiento de su astucia, como indica O. Spengler, aquella astucia que ha terminado con el don de la sencillez y de humilde presencia de los viejos y nobles valores que acaso quedan empedernidamente acurrucados en los venerables pueblos de nuestra España, en sus tradiciones, sus raíces folklóricas, su figura y rasgos de instrumentos que aún permanecen y sirven para la utilización del hombre que los habita. Hay viejos lugares comunes donde perduran aquellos matices que conservan reliquias de sutiles investigaciones ⁸. La dicotomía entre el campo y la ciudad (Caro Baroja) pone de manifiesto dos culturas con dos formas de expresión, donde lo etnológico acusa su tratamiento de fondo incluso dialectológico, y de hábitat, en el primero, mientras que en la ciudad se dan otros tipos de presencias, hay, como dice G. Sinmel: «una intensificación de la vida nerviosa», una vitalización: «del carácter intelectualista...».

La figura del molino de viento pertenece a aquel momento de arcaísmo ruralista, mantenido por el continuum campesino, que desde el medievo conforma una característica del medio ambiente, de la vida misma cotidiana.

La cadencia, el rostro del molino con su engranaje, con sus piezas que se pueden ejemplarizar, recoger en inventario etnológico, han de recopilarse desde la ciencia etnológica, desde la misma contemplación estética y desde la misma crónica histórica de un contorno humano en el que se detiene y forma parte.

Entendemos que el molino de viento del campo cartagenero fue algo vital, secundó una manera de ser del campesinado, conforme aquel: «silencio tan peculiar de los campesinos...» que dijera Zola, en sus referencias literarias. El molino y la tierra. Dos emblemas, dos tesis de monumental reflejo.

Pero por el contrario. Nos encontramos con un paisaje de campo cartagenero hosco, ignoto, donde las presencias de los elementos etnológicos hidráulicos, de los molinos y ceñas típicas, aljibes, casucones, torres vigías de cataduras arábigas, todo lo que estaba dando bríos a la vida campesina, queda ahíto de silencios, como aletargado, quebrándose, destruyéndose por la acción de los mismos elementos, y más aún por la apatía de la mano del hombre que aún en su conservación se implica en tergiversaciones absurdas y obsoletas.

Nos encontramos ante un paisaje desgarrado, destartado, vacío de contenido, adonde la identidad regional se deteriora. La civilización es técnica, pero creemos que también es repaso de sus atuendos del pasado, conservación y nunca menosprecio de su cultura etnológica.

Precisamente porque entendemos que ha de revitalizarse la vieja y arcaica estampa del campo cartagenera, que cuenta ya con un recuerdo y muchas colañas, desgarramientos y goteras que sirven a lo más para que desaprensivos las cojan, nos referimos a sus pobres techumbres y den con ellas en el fuego de los ocasos invernales, simulando a lo que canta el trovero de estos lugares:

«Tiene el molino de viento
su torre, marrano y guía;
tiene rueda y puntería.
Las colañas no las cuento.»⁹

La restauración como forma de recuperación del molino de viento que estudiamos, ha de llevarse a cabo con la fórmula ritual y sirviéndose de los artesanos que conocen la materia, los elementos de construcción, materiales que aposentan las entrañas de la tierra, el engranaje que integra cada una de sus piezas o artes que son sus fundamentos. Sólo desde una perspectiva de restauración adecuada y competente, se hace posible la custodia, la recuperación de esta bellísima semblanza de nuestro Mare Nostrum, rozando vientos de levantes y lebeches como entrañables compañeros de sus labores virginales. Quedan pocos constructores de molinos, y apenas si

conocen ya las artes de aquéllos ¹⁰, y mucho nos tememos que dentro de poco tiempo todo será ya imagen de una vieja fotografía que queda en los aposentos de los labriegos más ancianos.

Estimamos que la restauración de los «Amigos de los Molinos» del campo cartagenero, no sirva, acaso por la poca atención que desde el mismo Concejo se presta, incluso por la carencia de estudios completos sobre el tema, estudios etnológicos que aseveren su digna expresión.

5. Sabida es la transformación del llamado Museo de la Huerta de carácter etnológico ¹¹, por el de Museo de Tradiciones y Artes Populares de la región murciana, lo que implica su también renovación en el ámbito de programaciones y ubicación de sus objetos. Desde 1966, fecha de su creación, a la actualidad dicho recinto que fuera el primero en su estirpe en aquella fecha, ha pasado por una evolución de la que nos habla el mismo Emile Sempere ¹², pero que va recuperando su contenido. Nosotros esperamos la atención del museo por organismos y centros etnológicos. Al ampliarse su escenario y su tratamiento dimensional, cabe perfectamente prestar desde su espacio, atención a la monumental pieza del molino de viento y entedemos que en breve plazo se enriquecerá con una expresión plástica de aquellas efigies que dieron vida y belleza al campo cartagenero, incluso somos conscientes de que habrá de dedicarle un pabellón para la recuperación e investigación de sus elementos, piezas que quedan desperdigadas, con el fin de ir las anotando, inventariando comedidamente desde su peculiar contenido y presentarlas a base de gráficos, estudios monográficos, etc., para encontrar en ello una recreación interesante. Ocupar un amplio material en su captación, con el fin de que la imagen sea lo más ampliamente difundida, utilizando la técnica vigente, con los escenarios recogidos mediante vídeos y películas.

Nuestra meta es que el Museo a que nos referimos sea un recinto vivo, con ámbitos vivos y que den cita a inquietudes sobre los grandes temas de nuestra etnología regional.

Somos conocedores de toda la problemática existente en nuestra sociedad sobre toda esta serie de capítulos que integra lo etnológico, sobre todo en lo referente a la divulgación y recuperación del molino de viento, cuya pose suena a algo que queda en lontananza, pero nuestro esfuerzo queda patente para llegar a concentrar a este recinto murcianista, que debiera de ser lugar de los encuentros más cultos, un acopio de objetos y utensilios en relación con los molinos, vigías perdurables de una venerable estampa bucólica, llena de arcadia, perdida.

Quedan en estas páginas la llamada, la puesta en marcha de una noble revitalización, de algo que nos identifica, en este momento donde la razón de lo nuestro persigue una forma de ser del español, que sobre todo queda enraizado en sus cosas populares y rurales. Las raíces de sus ancestros,

que son las que nos unen y diversifican mediante el atractivo de unos modelos visuales que estuvieron ayer con nuestras pasadas generaciones, que hoy están y merecen rescatarse, a través de los museos y otros factores de factura análoga.

BIBLIOGRAFIA

1. Ciudades en Marcha.
2. Estimamos que el aljibe panzudo es digno de atención, tanto en su aposentamiento agrícola, como en su presencia campesina, donde acusa su peculiar forma de enorme envergadura, con su torre principal, su zona interna de depósito de agua pluvial. Estos aljibes se van perdiendo y depauperando lentamente. Sólo los observo como viejos espectros transfigurados en el paisaje.
3. Molinos de Viento del campo de Cartagena (Cuadernos populares, 2.^a serie).
4. LA NORIA CARTAGENERA (La verdad. 5-12-1976).
5. Apuntes para una postal Cartagenera. (Línea 17-3-78).
6. Civilización y Técnica. L. Munford.
7. Técnica y Civilización. Se pone de manifiesto la importancia de la potencia del molino de viento, que junto con el molino de agua, formaron unas bases del adelanto de la energía vital, desde el siglo XII. Sobre todo en Holanda tenían tal potencia que el especialista de esta materia, el mismo Wowles, afirma que el tope antiguo del molino holandés de cuatro aspas, de veinte y cuatro pies cada una y seis de ancho, producía 4.5 caballos de fuerza con un viento de 20 millas.
8. «La ciudad y el campo o una discusión sobre viejos lugares comunes» (Caro Baroja).
9. La Unión, su Antología (Asensio Sáez).
10. Nosotros en nuestra ruta por los molinos, que hemos ido advirtiendo paso a paso, con el bloc en mano y la retina dispuesta a su contemplación, dimos en una ocasión de bruces con un viejecito que habita en la «Aparecida», lugarejo cartagenero, que se llama Pedro Grillo, autor de un molino sobre la azotea de su vivienda, que es ya una institución, cuyo molino se domina desde los cuatro costados del lugar, cercano a una ermita y con silencios dignos de evocación. Pero el hombrecito cuenta con más de ochenta años y apenas si puede con su cuerpecito abatido como los molinos de su amor, que contemplara tantas veces, en los que intervino para restaurarlos en su juventud. El interior de su morada es un auténtico museo de fotografías sobre los molinos con sus aspas blancas llevadas al son del viento, meneando el engranaje interno. Todo es un canto a los molinos cartageneros, vivencias de un pasado que deseáramos ver y otear.
11. Sobre esta materia hay una amplia bibliografía que queda concentrada en la Guía de Jorge Aragonés, sobre el Museo de la Huerta.
12. «Ruta por los alfares».

Fulgencio Saura Mira
Director del Museo de Tradiciones y A.P.R.M.